

LA MADRE DE FAMILIA.

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA,

CON LA

aprobación eclesiástica,

y bajo la dirección

DE

E. Lozano de Vilchez.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES,

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, y que se expenden en todos los estancos; admitiéndose también los pagos en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

30 de Agosto de 1878.

DIRECTORA, D.^a ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Número 16.

INTERESANTE.

Con el presente número 16 terminamos el primer cuatrimestre, ó sean los meses de Mayo, Junio, Julio y Agosto, suplicando á nuestros suscritores nos dispensen la irregularidad que han observado hasta aquí, pues como ya les dijimos nos fué preciso repetir los primeros números: hoy ya hecho esto, en breve subsanaremos el atraso, repartiendo dos semanales, como lo estamos haciendo hasta ponernos al corriente, y que LA MADRE DE FAMILIA vea la luz los días marcados.

Ahora, y dado el precio insignificante del pe-

riódico, nos es preciso que nuestros abonados de los años 75, 76 y 77 se pongan al corriente en sus pagos, cuya liquidación mandaremos en el próximo reparto á todos los que están en deuda, advirtiéndoles á estos que, con gran sentimiento nuestro, nos veremos precisados á suspenderles el periódico, pues cualquiera comprenderá que siendo este tan excesivamente barato, de no hacerlo así, no podríamos seguir sirviéndoles si los pagos no son exactos. Hasta aquí hemos podido complacerles, aun á costa de nuestros intereses, pero hoy que la suscripción es mayor y que queremos que la Revista salga puntualmente, les rogamos que nos dispensen esta medida general que nos es indispensable adoptar.

SUMARIO.

La ciencia más cierta.—Ofrenda á María, poesia.—
Calvario y redencion.—Seccion doctrinal, La senda
del cielo.

LA CIENCIA MÁS CIERTA.

POR MDA. MATILDE BOURDON.

VII.

VENTA JUDICIAL.

El hermano ayudado del
hermano, es como una ciu-
dad fuerte.

(Prov. XVIII.)

Estéban perdió el pleito y fué condenado al pago de las costas, que se elevaban á una suma considerable. Como dijera á Manuel, no habia sido afortunado en sus empresas y especulaciones: acaso su astucia, que él calificaba de habilidad, era la causa de sus desgracias; porque, así en los negocios como en geometría, hay un axioma pleno de verdad, á saber: «La línea recta es la mas corta.» Estéban habia optado por la línea curva, por el camino tortuoso, que le habia conducido, á pesar de todos los esfuerzos, á su completa ruina.

Por los rumores que corrian entre el público, Manuel vino en conocimiento de que el tribunal acababa de embargar los bienes de su hermano, y de que dentro de cortos dias los ministros de la justicia procederian á la venta del mobiliario, del ganado, y del cortijo que explotaba. Oprimido de dolor ante esta triste nueva, fué á buscar á su mujer y le confió sus penas.

Esta, que leia en el fondo de su corazon, le dijo con dulzura:

—¿No habria bastante con lo que tenemos en la cómoda para desempeñar á Estéban?

—¡Ay! no, respondió Manuel, aun no llega á la cuarta parte de la suma que se necesita.

Y se volvió con aire triste y abatido hacia la vieja cómoda de nogal, que habia pertenecido á su padre. La vista de aquel mueble despertó de repente en él un recuerdo y por su mente cruzó una idea:

—¡Lo probaré! dijo en alta voz.

—¿Qué? preguntó su mujer.

—Voy á dar un paso, que tal vez salve á mi pobre hermano. Dí á Jaime que me ensille el caballo.

—¿Y vas á salir á estas horas?

—Es indispensable, querida Ana. El lugar á donde voy está á algunas leguas de distancia, y no podemos perder tiempo. ¡Bah! mujer, es por el pobre Estéban!

Ana obedeció, y diez minutos despues partia su marido á caballo en direccion al castillo de Beaumont. El camino era largo y difícil, de suerte que hasta el dia siguiente por la mañana no pudo Manuel llegar á la villa, término de su viaje. Lo primero que hizo fué entrar en la iglesia, en donde oró con fervor; despues, cuando hubo concluido su oracion, se dirigió al castillo. Introducido á la presencia del marqués de Beaumont, Manuel le dijo:

—Señor marqués, acaso no me reconozca usía.

El marqués le miró con atencion, y, alargándole la mano, exclamó:

—¡Ah! ¿sois vos? os reconozco y me place veros otra vez, Merry; he pensado muchas veces en vos.

—Puesto que usía ha tenido la bondad de acordarse de mí, acaso se dignará hacerme un favor.

—Hablad; me alegraré mucho de poder servirlos.

—Mi hermano necesita una cantidad bastante considerable; yo puedo proporcionarle la tercera parte; pero para las otras dos me atrevo á dirigirme á usía.

Y Manuel expuso en breves palabras al señor marqués la situacion de su hermano, pero de manera que no cayese sobre Estéban la menor sospecha desfavorable. Mr. de Beaumont le escuchó en silencio y con marcadas muestras de benevolencia; cuando Manuel hubo acabado su relacion, el marqués abriendo el escritorio le entregó la cantidad pedida. Llevando entonces á Manuel á una ventana, le enseñó un pequeño edificio, cuyas paredes eran blancas como la nieve, y le dijo:

—Esta es la escuela de niñas, fundada con el dinero de mi padre, que vuestra lealtad me restituyó.

Manuel no pudo oir sin conmoverse el elogio que se hacia de su virtud, y las palabras del marqués fueron para él dulces como el recuerdo de una buena accion. Colmado de atenciones por parte del señor marqués, no pudo, á pesar de su secreta impaciencia, dejarle hasta una hora muy avanzada; entonces tomó el camino de su pueblo, acelerando el paso de la cabalgadura. Algunos accidentes sobrevenidos le retardaron aun mas, de suerte que no le fué posible llegar al cortijo de su hermano hasta el mismo dia de la venta. Ya los ministros de la justicia habian sacado fuera de la casa los muebles y utensilios

ya una multitud de curiosos se agrupaban y registraban, con mano desdeñosa é indiscreta, los cajones de los escritorios y de las cómodas. Manuel reconoció con dolor algunos viejos muebles que habian pertenecido á su padre, y vió arrojado al suelo un cuadro, delante del cual, segun le habian dicho, su madre tenia la costumbre de orar.

Entróse en la sala baja de la granja. Allí estaba Estéban, sentado cerca del hogar apagado, con ojos tristes y abatidos, sin movimiento, sumido en el estupor, semejante en fin á un hombre herido por el rayo. Ni la llegada de su hermano habia podido sacarle de aquel estado de postracion; insensible á cuanto pasaba á su alrededor, absorto exclusivamente por la idea de su ruina, no habia tenido valor para levantar la cabeza al oír el rumor de los pasos de Manuel, ó lo que es mas probable aun, no habia advertido siquiera su presencia. Así pues, este le tocó en el hombro, y le dijo en voz baja.

—Despide á los alguaciles. La divina Providencia te envia con que pagar tus deudas.

Al oír estas palabras, Estéban se levantó sobresaltado; miró á Manuel con ojos extraviados, y, con un acento de sombría desconfianza, le dijo:

—¿Te burlas de mí?

—¡No lo permita Dios! ahí dentro de esta cartera tienes, querido Estéban, la suma que debes, capital é intereses. Paga sin demora, porque vá á empezar la almoneda.

Estéban cogió con mano temblorosa la cartera, abrióla y contó los billetes; luego despues, dirigióse con paso vacilante á donde estaba el ugiar del tribunal, y, llamándole, le manifestó que suspendiese el acto, por cuanto iba á pagar sus deudas. Manuel tuvo que ir á ayudarle varias veces, porque su hermano, cuyo espíritu se manifestaba de ordinario tan lúcido y despejado, era en aquellos momentos presa de una gran turbacion: era demasiado fuerte la emocion que le habia causado la sorpresa y la alegría.

Cuando la multitud que rodeaba la casa se hubo dispersado lentamente, y estuvieron solos los dos hermanos, Estéban dijo á Manuel:

—No sé cómo podré pagarte el favor que acabas de hacerme; ¡me has salvado!

—Hermano, no quiero que me des gracias por ello... ¿Por qué no me hiciste conocer antes tu posicion? ¿por qué no he habido de tener noticia de lo que pasaba hasta anteayer, y aun esto por boca de extraños? ¿por qué me negaste el placer de acudir mas pronto en tu auxilio?

—Como te habias negado una vez... murmuró Estéban confuso.

—Me negué, sí, á entregarte mi conciencia, pero no á poner á tu disposicion mi pequeña fortuna mis diligencias y mis relaciones... ¡Ah! Estéban, ¿cuando nos conoceremos mejor?

—Hoy te he conocido, respondió Estéban enternecido; y de hoy en adelante te apreciaré como mereces, y tendrás en mí un amigo fiel, un hermano que te amará de corazon.

(Continuara.)

M. MATILDE BOURDON.

OFRENDA, A MARÍA.

Esta palomilla
Que al vivo retrata
De vuestra alma pura
Las celestes gracias,

Os traigo, Señora,
Mirad si os agrada.
De leche y de nieve
Son hechas las alas,

El pechito adornan
Plumitas rizadas,
La cola de armiño
Parece formada;

El piquito breve,
Las patitas gayas,
Y en fin cual vos toda
Sin mota ni mancha.

Vereis cual se alegra
Cuando en vuestra falda
El Niño donoso
La hallare posada:

Y ella que es tan dulce
Tan afable y mansa,
pues que ni hiel tiene
Ni jamás se enfada,

Reveloteando
Saltará á sus plantas,
Y de las manitas
De la prenda amada

Cogerá los granos
Dando vueltas varias.
Después en los labios
De púrpura y nácar

Que la fresca risa
Robaron al alba,
Darále mil besos
Con el pico ufana:

Y mientras se aduerme
La perla y descansa,
Cantarále alegre
Aquesta tonada!

«Duérmete Niño
Tierno y hermoso,
Lirio gracioso
De este verjel:

Mientras te arrullo
Con mi gemido,
Duerme, querido,
Duerme, mi bien.

Cubran mis alas
Tu pura frente,
Y el sol ardiente
No te hará mal;

Y una sonrisa
Que alegre el cielo
Todo mi anhelo
Satisfará.»

Y Vos, Virgen bella,
En Dios trasportada,
Con tiernas caricias
Que al Eterno encantan,

La nivea paloma
Al seno estrechada,
Porque del Esposo
Divino es la estampa,

Direisle entre júbilo,
Con voz regalada:
«¡Oh Esposo adorado
De Hijo y Padre llama!

Tu amor me embebece,
Tu fuego me abrasa;
Esposa oh! Paráclito,
Sin par tú me llamas,

Y Madre me hiciste
La mas pura y santa.
En mi amante pecho
Por siempre descansa,

Pues que lo escogiste
Por tu fiel morada.»
Y esta palomita
Linda ¡oh Madre! y casta,

Recuerdo de amores
Os dará sin tasa;
Y cuando en el templo
Por Vos presentada -

La víctima fuere
Que á Dios solo aplaca,
Con dos pichoncitos
Que para Vos guarda,

La vida del Niño
Será rescatada.
Y así, mi Señora,
Tomadla, tomadla,

Y por recompensa
De ofrenda tan parca
Vuestro amor os pido
Que en mis venas arda,

Y el del bello Infante
Que Dios nos regala,
Y que és la luz pura
Que alumbra mi alma;

Y amándoos viva,
Y amándoos salga
De esta arcilla frágil
Tornando á su pátria.

CIPRIANO SEVILLANO.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Maria de Ossorio á su hermano Fabian.

Ayer dejé la pluma, mi querido Fabian, en el momento mismo en que te anunciaba que Horacio habia recobrado la vista.

Hoy la vuelvo á tomar para continuar mi relato y satisfacer tu curiosidad y tu interés, exitados sin duda con mis palabras.

Aunque el éxito de la operacion fué rápido y maravilloso, el doctor, mas experimentado y mas sabio, lejos de entregarse á la alegría general, ordenó que se trasladase al enfermo á su lecho y que se alejase de su lado todo ruido, toda emocion, prescribiéndole á él el mayor silencio y la calma mas completa.

Cubrió de nuevo sus ojos con una ancha venda de seda, y aplicó sobre su frente algunos paños empapados en agua fria, encargando que se renovasen á cada instante, para precaver la violenta inflamacion que temia.

El mismo permaneció en la habitacion y á su lado, sin ceder á nadie el constante cuidado que Horacio necesitaba.

Á las pocas horas el Conde, vencido por el silencio que reinaba en torno, se quedó profundamente dormido.

Pero poco á poco su sueño se hizo fatigoso y agitado; sus mejillas empezaron á cubrirse de púrpura, y de sus labios se escapaban algunas frases inconexas y sin sentido.

—Oh! lo que yo temia! murmuró el doctor, lo que yo temia; la fiebre y el delirio.

Y con una actividad y un acierto incalculables, adoptó todas las medidas necesarias para combatir el mal.

Amelia estaba allí, pero sin duda no comprendia la gravedad de las circunstancias, pues su rostro no expresaba la menor emocion.

—Necesito una persona en quien poder confiar, para que sin apartarse un punto del plan que yo marque, administre al enfermo las medicinas, sin faltar un segundo á las horas que ordene, dijo el doctor escribiendo en un papel cuanto debia practicarse.

La Condesa respondió con voz perfectamente tranquila.

—Sí; tiene V. razón: es preciso mucho desve-

lo, mucha inteligencia... pero todos los criados de casa son activos y nos aman mucho. En cualquiera se puede confiar.

San Roman se volvió de repente y la miró de un modo extraño. En aquella mirada habia algo de desden, algo de amargo y de rencoroso; parecia que aquel anciano que á consagrado su vida en beneficio de la humanidad, se preguntaba así mismo como habia mujeres que crean á un criado suficiente para velar junto al lecho de su esposo, cuando este se halla amenazado por la mano de la muerte.

Yo me habia acercado; no me atrevia á decir una sola palabra, pero cuando San Roman dirigió en torno una mirada, buscando quizá en otro lo que no hallaba en el corazon de Amelia, sus ojos se encontraron con los míos y vió que le tendia en silencio la mano, reclamando el papel que tenia en la suya: quizá debió leer en mi rostro cuanto pasaba en mi alma, porque dirigiéndome la palabra de un modo dulce he insinuante,

—Venga V. hija mia, venga V. y escúcheme bien! me dijo en voz baja.

La mirada de mis ojos debió expresar una infinita gratitud, pues estrechó mi mano y me condujo al lado de Horacio que seguia delirando.

Me dió las instrucciones que debia seguir y murmuró á mi oido.

—No se separe V. de este lecho, esa mujer no tiene corazon: pero despues de haberla visto á V. estoy seguro que puedo partir descuidado. Necesito retirarme algunas horas pues en otra parte reclaman tambien mi presencia, pero esta noche volveré y velaremos juntos al pobre enfermo.

Despues salió de la habitacion y yo quedé sola, porque Amelia se alejó tambien con el pretexto de buscar á la niña.

Oh! Fabian! que horas pasé junto á aquel lecho! tú no podrás calcularlas nunca.

Horacio deliraba, la fiebre trastornaba su razon y ponía su existencia en peligro.

Yo consultando, hora el reloj, hora aquel escrito que encerraba las prescripciones del doctor, las seguia exactamente y rezaba, rezaba con todo fervor.

Como habian ordenado el mayor silencio, ningun criado se atrevia á entrar.

Solo de vez en cuando Amelia asomaba la cabeza por entre los pliegues del portier y me preguntaba por señas como seguia su esposo.

Yo le respondia siempre lo mismo, y ella se retiraba satisfecha y confiando sin duda en mí.

Y si embargo el Conde se agitaba mas á cada

momento y su trastorno crecia de un modo espantoso.

Con un sentimiento que no te sabria explicar, Fabian mio, creí una ó dos veces que mi nombre salia de los labios del Conde: pero al hacerlo era de una manera tan dulce, tan queda que yo apenas podia tener la certeza de ello.

Y sin embargo esta duda, esta débil sospecha produjo en mí un trastorno y una agitacion extremada.

Pensaria en mí? me recordaria en su delirio? esta idea me causaba una insensata alegría á la par que un tormento cruel.

Así pasé todo el dia.

Por la noche vino el doctor y se informó de su estado con una atencion extremada.

La duracion de aquel acceso alarmó al sabio anciano, cuya frente se contrajo de un modo hartos significativo.

—Oh! es forzoso que yo no le deje esta noche: podria ocurrir un incidente desagradable y yo debo estar aquí para prevenirlo; además V. necesita descansar, hija mia, dijo mirándome con bondad, está V. pálida y desencajada, ha pasado V. un horrible dia y es forzoso que se retire.

—Yo le ruego á V. que me permita permanecer aquí las horas de peligro, exclamé mirándole con afan y cruzando mis manos en ademán de súplica; cuando no haya quo temer por la vida del señor Conde entonces me alejaré.

—Pero V. es demasiado impresionable me contestó, y por otra parte, Amelia sin duda vendrá á reclamar el derecho de velar aquí esta noche.

—Tiene V. razon! exclamé turbada y bajando la frente ante aquellas palabras que me recordaban mi posicion, y que me advertian que mi papel en esta casa solo debe reducirse á obedecer; tiene V. razon, si la señora viene me marcharé.

¡Ay de mí! el doctor decia bien! ¿qué derecho podia alegar para permanecer junto á aquel lecho? Mis servicios allí no significaban mas que unos servicios pagados con algunas monedas de plata!

Amelia habia sabido la llegada del doctor y se presentó en la estancia en aquel momento.

Yo temblé y tuve miedo.

Ay! ¿si Horacio pronunciaria mi nombre en aquellos momentos en que todos podian oírle?

San Roman dió parte á la Condesa del estado de su esposo, manifestando algunos temores si no cedia el delirio que le embargaba.

—Oh! respondió ella: esto me aterra, oírle delirar es espantoso, y me costaria demasiado

el presenciar sus sufrimientos. Doctor, no le abandone V.

—No, yo no saldré de aquí esta noche, señora, pero V....

—Yo me siento indispuesta, he sufrido hoy demasiado, sin embargo permaneceré aquí todavía... y despues.. despues permaneceré en mi estancia vestida para acudir á la menor novedad.

El doctor nada contestó, pero se acercó al lecho de Horacio y consultando su pulso exclamó:

—Ahora se ha calmado un instante: la fiebre ha cedido, pero no enteramente: la naturaleza rendida por el sufrimiento está aplanada: esto es una tregua que debemos aprovechar.

En efecto, Horacio parecia sumido en un profundo sopor.

Á la media noche Amelia se acercó á mí y me dijo:

—V. es mas fuerte que yo! bien lo sabia al desear que viniera; me inspira V. tal confianza que voy á retirarme algunas horas, y me marchó tranquila por que la dejo aquí.

Y aprovechando un momento en que San Roman habia salido á respirar el aire libre, se alejó de la habitacion donde quedé sola de nuevo.

Dios sin duda lo dispuso así, pues si nó, la escena que se siguió hubiera sido bien dolorosa para mí.

Horacio se agitó como despertando de un sueño.

Extendió sus manos y las llevó á la frente murmurando algunas palabras que no pude entender.

Despues pidió agua con voz débil, y yo me levanté para acercar á sus labios una copa.

Al hacerlo, mi mano tocó á la suya y le sentí estremecerse.

Quise levantar su dolorida cabeza, pero el esfuerzo que hizo fué demasiado violento, y cayó otra vez sobre la almohada, pálido y desfallecido.

Yo lancé un grito que no fui dueña de contener.

Entonces, y como herido de un choque eléctrico, se incorporó de nuevo, y presa tal vez de un acceso de delirio, arrancó con una rapidez increíble, y antes de que pudiera precaverlo, la venda que cubria sus ojos arrojándola lejos de sí: giró en torno una mirada indescriptible, hasta que fijándola en mí y estendiendo sus manos, me contempló un instante á la palida luz de una lámpara que daba de lleno en mi rostro, exclamando despues con una esplosion de sentimiento:

—¡Amelia!

Oh! ¿como me habia reconocido? como adivinaba que era yó?

¡No lo sé, no puedo explicártelo, sino por una intuición del sentimiento!

Mis ojos se anublaron.

Yo no sabía si estaba en su razón ó si desvariaba, pero me faltaron las fuerzas y caí de rodillas junto al lecho sin pronunciar una palabra.

Él me seguía mirando y murmuraba al par, con un acento indescriptible:

—Oh! sí! ella és! ella és, tal como yo la habia soñado! tal como la adivinaba mi alma! ella és, con su dulce mirada, con su frente serena y cándida, con su celestial semblante! oh! sí! ella és! ella és!

Calló un instante, como absorto en un profundo éxtasis, exclamando despues con un arranque inesperado,

—Oh! hable V. María, hable V. que yo la oiga, que sepa que no me equivoco!

Aquella exaltación podía perjudicarle y yo dudaba entre pedir socorro ó permanecer á su lado y suplicarle que se calmase.

La luz que heria sus ojos privados de la venda que le habia puesto el doctor, podía hacerle mucho mal, y desvanecer todas las esperanzas que nos sonreían, destruyendo la obra de la ciencia.

¡Ay de mí! Fabian, tu no sabes los inefables placeres y los horribles tormentos que dominaban mi alma.

Dios acudió en mi auxilio sin duda, porque el doctor San Roman apareció en la puerta de la estancia y nos miró á los dos con asombro.

Pero esta carta es demasiado larga, y no puedo continuar.

Mañana, Fabian mio, volveré á tomar la pluma y te dedicaré las horas que me conceden para el reposo preciso.

Tengo aun mucho que decirte, y la luz del alba empieza á reflejar en los cristales de mi ventana.

Voy á rogar á Dios que guie mis pasos en este día que empieza y, hasta luego, se despide de tí tu hermana,

MARÍA.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—El otro hermano, no pudo casarse con la mujer que amaba, y esto tornó su carácter tan retraído y melancólico que sus pobres padres le veían apenas, y en vano trataban de consolarle, hasta que un día loco de dolor y de celos desapareció de la aldea y no volvieron á saber de él. Miguel envejecido por los pesares y los años apenas podía trabajar y la buena María, ciega de tanto llorar, le ayudaba bien poco por cierto. Si no hubiesen sido cristianos hubieran muerto desesperados y maldiciendo al causante de su desgracia. Pero creían y esperaban, y pasaron sus últimos años viviendo de la caridad pública y rogando por sus enemigos.

—Y Tomás? preguntó Adolfo.

—Oh! hijo mio! ¿quien es capaz de penetrar los misterios del corazón! Tomás llegó á ser rico, pero un rico bien desgraciado, á juzgar por las apariencias, pues jamás se le veía sonreír, y siempre su mirada expresaba el recelo, el miedo, y el remordimiento; estos tres espectros se sentaron al borde de su lecho cuando llegó la hora de su muerte, pues en el delirio que precedió á su agonía se le oía gritar, pronunciando el nombre de sus víctimas, y extendía las manos aterrado como para librarse de su furor.

—Pero, se arrepintió? preguntó Anita con angustia.

—Fué muy tarde sin duda, pues él murió desesperado.

—Dicen que nunca es tarde para arrepentirse! murmuró el señor Nicolas con acento conmovido.

—Es verdad! la misericordia de Dios es grande, y nos perdona siempre que acudamos á ella por nuestra libre voluntad, pero no obligados por las circunstancias, ni instigados solo por el temor. Pero es tarde ya: hoy nos hemos detenido mas que otros días, y debemos dejar nuestra conferencia para mañana, que os esperaré aquí á todos en el mismo sitio.

—Sí, sí, hasta mañana, dijeron algunos levantándose.

—Quiere V. que le acompañe? preguntó Ana á Lorenzo.

—Lo que tú quieras, hija mia! murmuró el anciano, pero mañana rogaré á la señora que nos hable mucho del perdón, porque yo necesito escuchar sus palabras y aprender de sus labios esta virtud.

Todos salieron de la galería quedando el último Nicolas, que preocupado y pensativo se acercó á la Marquesa y la dijo muy quedo y con muestras del mayor respeto.

—Señora, yo quisiera hablar á solas algunos momentos con V. E. ¿querrá concederme este favor?

—Sin duda alguna.
 —Y cuando podré venir?
 —Cuando V. guste.
 —Lo antes posible.
 —Pues bien, mañana le espero á V. una hora antes que á los demás que deben venir.
 —No faltaré, señora, no faltaré.
 El colono salió y la anciana murmuró viéndole alejarse.
 —Oh! bien comprendí en la expresion del semblante de ese hombre que su conciencia no estaba serena.

III

La Marquesa de la Fé acababa de levantarse de la mesa donde habia comido con sus nietos y despues de dar gracias, ordenó á los niños que saliesen á dar un paseo por el extenso jardin, en tanto que llegaba la hora de la reunion diaria.

La anciana recordó que tenia una cita con el colono de la hacienda de los nogales, y se dispuso á esperarle dirigiéndose á su gabinete y mandando que le condujesen allí cuando llegara.

En la tarde anterior habia comprendido que algo pasaba en el espíritu de aquel hombre, en cuyo corazon habian levantado quizá un eco sus palabras.

La noble señora le esperaba pues, con anhelo, mezclando á la curiosidad que habia despertado en ella aquella especie de cita, el deseo mas digno y mas santo que puede abrigar un corazon puro: el de poder ser útil á sus semejantes, y el de devolver un alma purificada por el arrepentimiento á los brazos de su Criador.

Poco tuvo que aguardar, pues el señor Nicolás tan impaciente acaso como ella, se presentó en la quinta, solicitando el permiso de ver á la señora.

En breve fué conducido á su presencia, quedando los dos solos, y su conferencia sin testigos.

El arrendador parecia turbado, y no se atrevia á pasar de la puerta, donde permanecia con el sombrero en la mano.

—Buenas tardes, señor Nicolás, dijo la Marquesa con su bondad habitual, acérquese V. puesto que desea hablarme.

—Perdone V. E. mi atrevimiento, pero... si la molesto...

—Nada de eso, estoy pronta á complacer á V. en lo que desee, y me felicitaré de poder hacer algo en su provecho. Vamos siéntese V. y deje todo temor.

—¿En presencia de la señora Marquesa!

—¿Y por qué no?

—No me atrevo.

—Yo se lo ruego á V., y le repito que solo deseo serle útil. Veamos, ¿es quizá lo que viene á solicitar alguna rebaja en el arrendamiento de las tierras?

—Nada de eso señora: V. E. es demasiado buena y no exige de los pobres mas de lo que pueden dar cómodamente.

—Quiere V. quizá tomar algunas mas?

—Tampoco.

—Entonces...

—Yo diré á V. E.: ayer tarde al escucharla...

—Ah! se trata de otra cosa!

—Sí; de otra cosa... de otra cosa en que yo habia pensado algunas veces, y de la que habló ayer V. E.: le otra cosa que hace tiempo me dá vueltas en la cabeza causándome una inquietud que no me deja dormir ni comer tranquilo, y que aun á veces, cuando mi hija viene á besar mi mano por las noches, me hace sentir impulsos de retirarla como si me diera vergüenza de recibir aquel beso!

—Bien: eso me prueba que tiene V. confianza en mí, y que viene...

—Á pedir á V. E. un consejo, y á hacerle... ¿cómo diré yo? casi una confesion, pues aun que la señora no es un sacerdote, habla tambien de las cosas de Dios y sabe lo que es bueno y lo que es malo con una minuciosidad, y un acierto, que estoy seguro me dirá la verdad, y lo que me conviene hacer.

—Tiene V. razon: yo seré muy sincera al manifestarle mi opinion, y aunque nada sé y soy una débil pecadora, mi buen deseo suplirá la ciencia que V. me atribuye y que yo le confieso que me falta.

—Oh!; si yo supiera tanto como V. E. que lee tanto y que tiene tan buenos libros!

—La conciencia es un libro en que podemos estudiar todos, y que nos dice á todas horas cuando cumplimos ó faltamos á nuestro deber. No hay miedo, no, de que ella nos engañe, puesto que Dios la colocó en el fondo de nuestro pecho para que nos advirtiese con su voz segura cuando faltamos á la rectitud. Pero en fin, puesto que V. lo quiere hablemos de lo que indica, pues segun creo será sobre algun juramento, de cuya verdad no esta seguro.

—Como lo ha adivinado V. E.?

—Es muy sencillo, puesto que de ello tratamos ayer tarde.

—Pues bien, ¿a qué andar con rodeos? eso és.

—Y ese juramento...?

—Trajo muy malas consecuencias, señora: Un hombre bien acomodado y con buenas esperanzas se vió sumido en la miseria... hasta el extremo... hasta el extremo de tener que mendigar para comer.

Continuará.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.